



Relatos pal Desolvido

Narrativas de la Verdad Histórica

4



La cobija

Primera parte



Centro Nacional
de Memoria Histórica

Relato pal desolvido n.º 4

La cobija

Primera parte

Relato pal desolvido derivado del informe
«Qué le digo yo. No se sabía qué dolía más».
Daños y afectaciones psicosociales y recursos de
afrontamiento en víctimas y sobrevivientes
de violencia paramilitar, publicado por
el CNMH en 2024.



Centro Nacional
de Memoria Histórica

Relato pal desolvido n.º 4

La cobija

Primera parte

Colección • Relatos pal Desolvido

Narrativas de la Verdad Histórica

Centro Nacional de Memoria Histórica

María Gaitán Valencia
Directora general

Carlos Mario López Rojas
Director técnico de la Dirección de Acuerdos de la Verdad (DAV)

Natalia Escobar Sabogal
Línea metodológica y conceptual Apropiación Social de la Verdad Histórica de la DAV

Juan Biermann López
Investigación y redacción

Leonardo Parra Puentes
Diseño, diagramación e ilustración

Carlos Mario López Rojas
Natalia Escobar Sabogal
Vannezza Escobar Behar
Lina Margarita Perea Mojica
Apoyo y acompañamiento a la revisión técnica

Daniel Fernando Polanía Castro
Profesional especializado Estrategia de Comunicaciones

Linda Carolina Rodríguez
Edición

Angie Sánchez Wilchez
Bibiana Alarcón Guerrero
Liz Castro Castro
Corrección de estilo

Primera edición: diciembre 2025

Número de páginas: 32
Formato digital: 10,5 x 14,8 cm

ISBN impreso: 978-628-7792-60-9

ISBN digital: 978-628-7792-73-9

ISBN colección impreso:

978-628-7792-55-5

ISBN colección digital:

978-628-7792-69-2

Imprenta Nacional de Colombia

Impreso en Colombia - Printed in Colombia

Queda hecho el depósito legal

© Centro Nacional de Memoria Histórica

Carrera 7 # 32-42, pisos 30 y 31

Bogotá, D. C., Colombia

PBX: (601) 7965060

comunicaciones@cnmh.gov.co

www.centrodememoriahistorica.gov.co

Cómo citar:

Centro Nacional de Memoria Histórica.
(2025). *La cobija. Primera parte* CNMH.

Los nombres de todos los personajes que protagonizan estos Relatos pal Desolvido son ficticios.

Este libro es de carácter público. Puede ser reproducido, copiado, distribuido y divulgado, siempre y cuando no se altere su contenido, se cite la fuente o, en cualquier caso, se disponga la autorización del Centro Nacional de Memoria Histórica



Centro Nacional de Memoria Histórica

La cobija. Primera parte / investigación y redacción Juan Biermann López ; diseño, diagramación e ilustración, Leonardo Parra Puentes ; línea metodológica y conceptual Natalia Escobar Sabogal ; edición Linda Carolina Rodríguez. -- Primera edición. -- Bogotá, Colombia : CNMH, 2025. -- (Colección Relatos pal Desolvido. Narrativas de la Verdad Histórica; relato n.º 4).

32 páginas : ilustraciones.

ISBN impreso: 978-628-7792-60-9

ISBN digital: 978-628-7792-73-9

ISBN colección impreso: 978-628-7792-55-5

ISBN colección digital: 978-628-7792-69-2

1. Cuentos colombianos - Siglo XXI 2. Novelas gráficas colombianas 3. Literatura colombiana 4. Víctimas del conflicto armado 5. Daños emocionales I. Biermann López, Juan, investigador II. Rodríguez Tocarruncho, Linda Carolina, editora III. Centro Nacional de Memoria Histórica IV. Título V. Serie.

CDD: 863.44

CO-BoCMH



I

Municipio de Riofrío (Valle del Cauca), agosto de 1998

A stylized illustration of a hand with a yellowish-brown skin tone, palm facing up, with fingers slightly spread. It is positioned on the left side of the page, partially overlapping the text area.

El zumbido de algo parecido a un moscardón detuvo por un instante los movimientos de Viviana. Entrecerró los ojos, respiró varias veces y retomó la acción: agarró un plátano, lo peló con maestría y sus rodajas las echó al aceite hirviendo en el que ya nadaban tajadas de un plátano anterior. Luego revolvió el interior de la olla que guardaba el arroz que había quedado del almuerzo, lo probó, apagó el respectivo fogón y le puso tapa a la olla.

—¡Voy a servir! —dijo a buena voz, dirigiendo el llamado a su esposo, José Fernando —Fercho—, a su hijo Jáiver Andrés y a su hija Yénifer Andrea, más conocida como Yiyi.

En cuatro platos pandos fue sirviendo la cena: arroz, con una ensaladita improvisada y dos largas tajadas de plátano. Yiyi, primera en atender el llamado, llevó los platos a la mesa, y Jáiver se encargó de la jarra de limonada y los vasos.

Jáiver y Yiyi no tardaron en dar cuenta de su plato. Viviana, que al igual que José Fernando escasamente había probado el alimento servido, les dijo que en la cocina se estaba fritando otro plátano y que también había quedado la pega del arroz.

De un brinco, Yiyi agarró su plato, se puso de pie y dijo:

—Voy a servirme antes de que se lo coma algún tragón.

—Estoy en crecimiento —se defendió el adolescente, corriendo tras su hermana hacia la cocina.

Viviana y José Fernando quedaron solos en la mesa. Antes de que cualquiera pudiera decir algo, escucharon claramente el zumbido acercándose. Ya no sonaba como un moscardón, sino como una licuadora.

—Son ellos —dijo de pronto Fercho.

—Llévese a los niños —respondió Viviana—, los tres caben en la moto.

—Huir sería aceptar que soy guerrillo... y después se desquitan con usted.

Algo le iba a contestar Viviana, pero el zumbido se dejó escuchar con claridad nuevamente, similar al ruido de una podadora de pasto.

Ambos se pusieron de pie. En una hoja, José Fernando anotó el nombre completo de su hermana —María Victoria Tamayo—, su nombre familiar —tía Vicky— y su dirección completa en Cali. Mientras tanto, Viviana buscó una maleta y en ella guardó un par de mudas de sus hijos, una vieja y aún mullida cobija de tigres, y un monedero con algunos billetes dentro.

Con la maleta en una mano, Viviana se dirigió a la cocina y allí encontró a Yiyi y a Jáiver comiendo de pie junto a la estufa. Sin esperar a que terminaran, les dijo que debían alejarse de inmediato de la casa.

—¡Pero ya! —insistió ante el estupor de la niña y el joven—. Llévense esta maleta. Ahí van un par de mudas y algo de plata, por si acaso...

—Pero ¿qué fue lo que pasó? —preguntó el adolescente.

—Háganle caso a su mamá —intervino José Fernando, entrando a la cocina—. Si las cosas se ponen feas, busquen a su tía Vicky en Cali —y le entregó a Jáiver la hoja recién escrita.

—¿Cómo «feas»? —preguntó la niña.

—Aléjense de la casa —insistió la madre— y no vuelvan hasta que los llamemos.

Padre y madre acompañaron a sus hijos hasta la puerta trasera de la casa. La madre les dio la bendición, el padre les pidió que se cuidaran el uno al otro. Luego vinieron los abrazos, el llanto contenido y la voz de Viviana ordenándoles esconderse lejos.

El zumbido se convirtió en rugido mientras Yiyi y Jáiver, de la mano, avanzaban raudamente en la penumbra en busca de un buen escondite desde el que pudieran alcanzar a ver la casa en la que habían crecido.

No habían aún hallado un buen lugar cuando escucharon los primeros gritos; luego, una ráfaga, nuevos gritos, otra ráfaga y silencio, un silencio ensordecedor. Jáiver contuvo a Yiyi que quiso devolverse. Con un gesto, trató de calmarla y ambos, con sigilo, retrocedieron hasta un punto desde el que pudieron ver, rodeando la casa, la silueta de cuatro hombres armados y algunas motos también. No alcanzaban a escuchar lo que decían, pero vieron cómo, a la orden de uno de ellos, los otros tres hombres tomaron unos bidones que llevaban en las motos y regaron su contenido alrededor de la casa. Un instante después, parpadeó una chispa y la casa entera se vio envuelta en una enorme llamarada que se elevó hasta el cielo.

Al ver esto, Jáiver le tapó los ojos a su hermana y al oído le susurró:

—Tenemos que alejarnos.

No se alejaron mucho. Ambos guardaban aún la esperanza de escuchar a su madre llamándolos. Yiyi y Jáiver, envueltos en la cobija, acoplados sus cuerpos en un abrazo inseparable, pasaron la noche y la madrugada.



II

A eso de las seis y media de la mañana, Jáiver y Yiyi, sin soltarse la mano, llegaron al pueblo de Riofrío. Tras recorrer algunas calles, desembarcaron en la plaza y allí se acercaron a tres hombres, con apariencia de ser conductores de buses intermunicipales, tomando tinto y departiendo. El joven preguntó cuánto costaba el pasaje hasta Cali. Uno de los conductores, al fijarse en los dos recién llegados —una niña despeinada y pálida, un adolescente tembloroso y demacrado—, entendió que venían huyendo de algo terrible. Les preguntó si tenían quién los recibiera en Cali y el muchacho le entregó la hoja que le dio su papá.

—Yo podría llevarlos, pero a Cali salgo a las 10 de la mañana. Además de esa maleta, ¿tienen más equipaje? —el joven negó con la cabeza.

—Mijo —habló la señora de los tintos, acercando unas sillas plásticas—, tómese un tintico. ¿Tienen hambre?

Las horas previas a la partida del bus a Cali las pasaron Yiyi y Jáiver sentados en un banco de la plaza, sin hablar, sin dejar de abrazarse. Faltando un cuarto para las diez de la mañana, el conductor se les acercó y les avisó que ya era hora de embarcar. Jáiver dijo que solo viajaría la niña, ya que él estaba decidido a volver a su casa para ver qué había pasado y quedado.

Fue entonces que Yiyi escuchó por primera vez que su hermano no viajaría con ella. De haber podido articular palabra, habría gritado hasta sacudir las montañas. Su reacción fue aferrarse al tronco de su hermano, como náufrago al mástil del barco destruido por la tormenta.

—Voy a mirar qué paso, Yiyi —buscó consolar Jáiver a su hermana—, es importante, y después les llevo a Cali. Mirá que ya hay un señor que nos puede llevar.

El conductor, acurrucado, le dijo a Yiyi que ahora podría ocupar ella sola los dos puestos reservados y que él le compraría dulces por el cami-

no y que, a su hermano, después de hacer lo que tenía que hacer, lo llevaría también a la casa de la tía en Cali.

Yiyi, sin soltar a su hermano, escuchó atentamente. Jáiver siguió insistiendo y el conductor, viendo la hora que era, les dijo que el bus no demoraría en arrancar.

—Yiyi, por fa, confiá en mí. Te juro que voy a Cali, pero primero necesito saber qué pasó, pa contártelo después cuando nos encontremos...

Las palabras de Jáiver lograron finalmente separarlo del abrazo de su hermana.

Yiyi viajó casi todo el tiempo acostada, abarcando los dos puestos de la larga silla que había junto al motor del bus, a un par de metros de la silla del conductor. Pese al calor creciente, mantuvo sobre sí todo el tiempo la cobija, cuyo olor la arrulló durante el viaje.

Casi tres horas después de arrancar, llegaron a Cali. El conductor, con delicadeza, despertó a la niña. Al alzarla, aún envuelta en la cobija, tuvo la impresión de estar cargando un pajarito en su nido. Buscó un taxista amigo que se encargó de

llevarlos a él y a la niña hasta el barrio San Luisito. Tardaron poco más de media hora en llegar. Sin olvidar la maleta, cargó a la niña y se dirigió a la casa cuya dirección coincidía con la del papel dado por su hermano, no sin antes pedirle al taxista que lo esperara para regresar juntos al terminal.

Dejó la maleta frente a la puerta y, con la niña en brazos envuelta en la cobija, timbró. La puerta se abrió y una mujer de baja estatura y piel muy blanca preguntó a quién estaban buscando. El conductor no tardó en darse cuenta de que aquella mujer, de indeterminada edad, no estaba en condición de entender la complejidad de la situación.

—Buenas tardes —habló él—, ¿está la señora de la casa?

—¿Qué sería? —respondió Rosalbita, cuñada de la tía Vicky.

—¿Quién es? —se escuchó una voz de mujer que gritaba desde el fondo de la casa.

—Llamame a la señora de la casa, si sos tan amable —insistió él—, decile que es su sobrina.

No alcanzó Rosalbita a llamar a Vicky cuando ella apareció junto a la puerta.

—Buenas, mi señora —se adelantó a decirle—. Esta niña la traigo desde Riofrío. Al parecer, algo pasó con sus papás —estiró sus brazos como ofreciendo el cuerpo infantil que aún dormía—. El hermano de ella me dio esta dirección...

—¿Jáiver? —preguntó sorprendida Vicky.

—No me dijo su nombre —respondió, bajando con delicadeza a la niña que se había despertado al escuchar la voz de su tía.

La tía Vicky ayudó a Yiyi a mantenerse en pie y, al reconocerla, dio un alarido.

—Yo me tengo que ir ya —se despidió el hombre, dando media vuelta y subiendo al taxi que aún lo esperaba para regresar al terminal.

La tía Vicky pronto olvidó al hombre y se concentró en su sobrina. Con cuidado la condujo hasta su cuarto, la acomodó en su cama, le quitó los zapatos y le preguntó si tenía hambre, si tenía sed. La niña negó con la cabeza y no dejó que su tía le quitara la cobija que la envolvía como una crisálida.



III

Para cuando la niña Yénifer Andrea Tamayo Sánchez —Yiyi— llegó a la casa de su tía María Victoria —Vicky— mediando el mes de agosto de 1998, allí vivía también Rosalba Murillo —Rosalbita—, hermana de Néstor, esposo de Vicky desde unos tres años atrás. En esos días, Néstor —conductor de tractomulas— se hallaba recorriendo las carreteras del país, como solía hacerlo buena parte del año.

Al momento de llegar Yiyi —un miércoles, pasadas las dos y media de la tarde—, Vicky se estaba preparando para salir a hacer una pedicura a una cliente del barrio. Su primer impulso fue llamar a la señora para avisarle que no la podía atender ese día. Sin embargo, se contuvo. Rosalbita podía quedarse pendiente de la niña, mientras ella iba a ganarse unos pesos, que con una boca más en la casa más necesarios se hacían.

La clienta de esa tarde la recibió con un jugo recién hecho y se acomodó en el sillón reclinable que tenía, a cuyos pies se ubicó Vicky, que sin tardanza se puso a trabajar, poniéndole muy poca atención a lo que la clienta le contaba.

De regreso a casa, cayendo la tarde, Vicky intentó organizar sus ideas para saber por dónde empezar a hacer frente a la nueva situación. Lo primero era buscar a su hermano, saber qué había pasado, quizá la niña podría saber.

Unas veinticuatro horas después de haber repetido arroz con plátano en la que fue su casa, Yiyi despertó, y despertó con hambre. Usando la cobija como una capa abrigo, se levantó y, a medida que iba reconociendo poco a poco el nuevo entorno, caminó hasta la cocina, donde también estaba la mesa del comedor y allí sentadas Vicky y Rosalbita. Ambas se pusieron de pie de inmediato. Una puso a calentar la comida, mientras la otra, sin quitarle la cobija, la ayudó a acomodarse en la tercera silla disponible.

Vicky la observó comer en silencio. «Mientras coma —pensó para sí—, es porque tiene ganas de vivir». Rosalbita se encargó de llenar por se-

gunda vez el plato de la niña, y fue quien primero empezó a hacerle preguntas. Pero ni a las de Rosalbita ni a las de su tía Vicky, Yiyi contestó más que con gestos. Era evidente que la niña hacía el esfuerzo por hablar, pero de su boca no salía ninguna voz. «Como si la hubieran muteado», pensó Vicky.

Con gestos, Yiyi contó que ella y su hermano habían huido, que hombres desconocidos habían disparado e incendiado la casa. Y ante la pregunta acerca del paradero de su hermano, Yiyi levantó los hombros y un grueso lagrimón se despeñó mejilla abajo.

—Pero ¿está vivo? —insistió Vicky, a lo que Yiyi asintió—. Pero ¿dónde está? —con un gesto de sus manos, Yiyi indicó que estaba lejos, pero que volvería—. Entonces, ¿te llevó al terminal y te mandó para acá? —la niña asintió—. ¿Y quién te trajo hasta acá? —Yiyi hizo como si tuviera un volante de bus entre sus manos— ¿Y quién es él? —Yiyi volvió a levantar los hombros— ¿Y dónde están tus papás? —reinició Vicky.

Tras la tanda de preguntas, que Yiyi se esforzó por contestar, Vicky sacó algunas cosas en claro:

algo terrible había pasado, tan terrible que había enmudecido a la niña. También, era probable que Jáiver apareciera de un momento a otro. Esa posibilidad la abrumaba al pensar en cómo explicarle a Néstor, su marido, que se creció la familia. Pensó entonces en su papá —abuelo de la niña—, que vivía a unas diez cuadras de allí. Él quizá podría echarles una mano, a fin de cuentas eran sus nietos.

Antes de acostarse, Vicky revisó cuidadosamente a la niña en busca de alguna marca, señal o reciente cicatriz. No halló nada, más que algunos arañazos en las manos y en las pantorrillas. Luego, ambas se acomodaron en la misma cama y compartieron cobija.

Muy temprano, al día siguiente, Vicky se levantó, preparó desayuno y almuerzo para tres, comió algo y salió rumbo a la panadería en la que trabajaba. Allí permaneció hasta pasado el mediodía.

De regreso en la casa, almorzaron las tres mujeres y Vicky intentó hacer que la niña pronunciara palabra, con los mismos resultados de la noche pasada. Así que decidió ir a buscar a su

papá para contarle lo ocurrido y pedirle consejo y apoyo.

Rómulo Tamayo —próximo a cumplir 54 años— no escondió su sorpresa al recibir la visita de su hija. Supuso que algo había pasado y que ella venía a pedirle ayuda. Aunque nunca imaginó que fuese algo tan grave y, en lugar de empatizar con su hija, se defendió diciendo:

—Algo habrá hecho su hermano. Desde que se fue a vivir con esa negra al campo, yo supe que andaba en malos pasos.

—No vine a pedirle por mi hermano, estoy aquí pa que me ayude con mi sobrina, que es su nieta.

—¿Y a ella qué es lo que le pasa?

—Quedó traumada por lo que habrá visto y ya no habla... Hay que comprarle ropita y meterla al colegio y hacerle compañía...

—¿Cómo así que no habla? —la interrumpió Rómulo— ¿Es que le dieron un golpe en la cabeza o qué?

—Golpes en el cuerpo no recibió, pero algo habrá visto que le quitó el habla.

—Eso es que quedó tonta, si no es que ya lo era...

—¡No diga esas cosas! —lo reprendió Vicky.

—Escuchame una cosa —habló Rómulo mirándola a los ojos—: ni se te ocurra ir a la Policía, que eso después es pa peor, porque terminan creyendo que somos unos sapos; y en cuanto a la niña, yo podría regalarle alguna ropita, pero si no sabe hablar, ¿pa qué la vas llevar a la escuela? Mejor enseñale a cocinar y a coser y a limpiar uñas, como hacés vos.

—¡Tengo que denunciar que mi hermano está desaparecido! —reaccionó Vicky.

—No me hagás reír, Vicky; ¿vos no sabés que la desaparición no es un delito en este país? No hay ninguna ley pa eso.

—Pues digo que lo mataron...

—¿Ah, sí? ¿Y dónde está el cadáver?

—Si no me querés ayudar, por lo menos no te burlés del sufrimiento de tu nieta —Vicky se puso de pie y tomó su bolso—. Cómo se nota que querés que la niña repita mi infancia.

—¡Cuidadito, María Victoria! —reclamó enfurecido Rómulo— Yo no te voy a permitir que vengás a mi casa a insultarme. ¡Me rompí el lomo pa sacarlos adelante y ahora resulta que les salgo a deber! ¡No hay derecho a tanta injusticia!

Vicky respondió dando media vuelta y soltando un portazo al salir. Con los ojos nublados por el llanto, caminó de regreso a casa y se sorprendió cuando, a mitad de camino, una voz conocida la detuvo y le preguntó qué le pasaba. Era Lucy, maestra en la escuela y habitual cliente de Vicky en la panadería.

Vicky trató de mascullar cualquier excusa; pero, por mucho que lo intentó, ni ella misma entendió qué decía. Lucy, con tono aterciopelado, amorosamente la condujo hasta una cafetería cercana, pidió dos aromáticas y tomaron asiento.

Vicky lloró amargamente mientras Lucy tomó en las suyas sus manos y las acarició paciente-mente. Tras algunos minutos, Vicky se aclaró la voz y casi susurrando dijo:

—Masacraron a mi hermano...

—Lo siento mucho —se adelantó a decir la profe Lucy.

—Lo mataron a él, a la esposa y posiblemente también al hijo...

—Debe ser un dolor terrible.

—Mi sobrina sobrevivió... y ahora está en mi casa... y yo no sé qué hacer —y, dicho esto, una nueva catarata de llanto desbordó los ojos de Vicky.

Tras dejarla llorar otro rato, la profe Lucy preguntó algunas cosas que le permitieron enterarse de que la niña se llamaba Yénifer, le decían Yiyi, tenía 8 años y lo vivido le había quitado el habla.

—Y si no puede hablar —dijo Vicky entre sollozos—, ¿pa qué llevarla a la escuela?

—Tiempo al tiempo, corazón —respondió la profe Lucy, sin dejar de mirarla y acariciarle las manos—, lo importante por ahora es que la niña se recupere, que se sienta querida y no se hunda en la tristeza. Además, tené en cuenta que quizá sea mejor que por ahora no cuente lo que vio. En la casa, yo tengo alguna ropita que puede servir-

le; y también le puedo regalar algunos libros de los que uso en el colegio, pa que la niña aprenda por su cuenta. ¿Sabe leer? —imitando el gesto de Yiyi, Vicky levantó los hombros— Si no sabe, entre vos y yo le enseñamos, ¿qué te parece?

Vicky y Lucy, tras salir de la cafetería, se dieron un fuerte abrazo, quedaron en volverse a ver y, antes de dejarla ir, la profe le entregó un billete de cinco mil pesos «Pa que coman helado».

Los días siguientes fueron menos intensos, hasta el lunes siguiente, cuando Néstor volvió a la casa. Llegó malhumorado y la idea de mantener una sobrina que no hablaba no le resultó llamativa, y así se lo hizo saber a su esposa esa misma noche, cuando Vicky dijo que la niña dormiría con ellos.

—¡Llevo días soñando dormir con usted y me sale con estas!

—Pues que Yiyi duerma con Rosalbita —propuso Vicky—. A fin de cuentas, su hermana ocupa el cuarto de invitados —le reviró.

Néstor masculló algunas palabrotas, pero supo que su esposa tenía razón. Rosalbita había llega-

do a la casa poco más de un año atrás, al morir la madre de Néstor.

Las semanas y los meses trascurrieron. Vicky cumplió treinta años, se acabó la década, el siglo y el milenio, y la niña no recuperó el habla. Sin embargo, entre Rosalbita y Yiyi creció una complicidad sin palabras, no carente de risas, que le permitió a Vicky respirar más tranquila. No obstante, la incertidumbre acerca de su hermano y, sobre todo, acerca de su sobrino (que, pese a su probable aparición, siguió sin saberse qué había sido de él), se mantuvo latente en ella. No acudió a la Policía ni fue a poner un denuncia por secuestro (como alguien le recomendó); lo que hizo fue enviar un telegrama a una conocida en Riofrío, a una señora —de nombre Remedios, como la Santa Patrona de Cali— que trabajaba con una comunidad religiosa y a quien había conocido años atrás, cuando fue a visitar a su hermano al pueblo.

REMEDIOS STOP —decía el telegrama— FERCHO
VIVIANA Y JAIVER NO APARECEN STOP RUMORES TE-
RRIBLES STOP NO PUEDO VIAJAR STOP SABES ALGO
STOP YENIFER CONMIGO STOP DIOS TE PAGUE FIN.

Casi diez días después de enviado, Vicky obtuvo respuesta:

VICKY LAMENTO MUCHO STOP FERCHO Y VIVIANA
CON DIOS STOP RELIGIOSOS LOGRARON CRISTIANA
SEPULTURA STOP CASA HECHA CENIZAS STOP SIN
NOTICIAS JAIVER STOP REZAMOS POR EL STOP RU-
MOR LLEVARON PARAS FIN

Tras leerlo varias veces, de regreso del Telecom, Vicky entró a la casa, dejó el telegrama sobre la mesa y, sin siquiera saludar, soltó un hondo suspiro y se desplomó. De inmediato, Rosalbita y Yiyi la levantaron y la llevaron a la cama, le quitaron los zapatos, le aflojaron el sostén y Yiyi le cubrió las piernas con la cobija de tigres.

Entonces, ocurrió. Tras notar que su tía no reaccionaba, de un monedero escondido en un cajón, Yiyi sacó unos cuantos billetes, tomó a Rosalbita de las manos y con voz firme y clara dijo:

—Algo hay que hacer. Voy a buscar un taxi. Cuando vuelva, ayudame a montarla pa ir al hospital, ¿entendido?

Rosalbita, sin dejar de sollozar y musitar rezos, vio a la niña salir del cuarto y de la casa. Al cabo

de unos minutos, regresó con un hombre bajo, de generoso bigote, que sin mucha dificultad cargó a Vicky hasta las sillas traseras de su taxi. Junto a su tía se acomodó Yiyi. En el asiento de adelante viajó Rosalbita.

Quince minutos después, llegaron a la puerta del centro de salud. Yiyi se bajó y no tardó en regresar con dos enfermeras y una camilla. Entre todas, se encargaron de llevar a la tía Vicky al interior, y allí, tras una breve espera y un diagnóstico hecho por el médico de turno, Yiyi y Rosalbita pudieron entrar a la habitación en una de cuyas camas reposaba la tía Vicky ya despierta.

El doctor, mirando a la niña, le explicó que su «mamá» estaba fuera de peligro, que había sufrido una bajada brusca de la presión arterial, y que además estaba deshidratada y un poquito anémica; pero que, con reposo, hidratación y alimentación balanceada, el episodio de ese día no tendría por qué repetirse.

—Si yo tuviera una hija como ella —agregó el médico señalando a Yiyi—, viviría más tranquilo, sin tanto estrés. Tengo entendido que ella fue

la que se encargó de conseguir el taxi y traerla hasta acá...

—Sí, sí, sí—respondió Vicky, incrédula—, así parece. Lo que no entiendo es cómo hizo, si Yiyi no habla.

—¿Es muda de nacimiento?—inquirió el médico, a lo que Vicky negó con la cabeza— ¿Entonces, cómo perdió el habla? ¿Algún accidente?

—Hace unos años—indicó Vicky—, la niña pasó por una situación muy difícil. Ella no es mi hija, es mi sobrina. Sus padres ya no nos acompañan.

—Entiendo—habló con seriedad el médico, como pensando en voz alta—, creí que era su hija... Pero entonces la niña sufrió un trauma muy grave y, claro, al ver que podía volver a perder quién la cuide, reaccionó y volvió a hablar.

—Si yo le contaré, doctor, la niña ha sufrido mucho—estiró cada brazo hasta tomar una mano de Yiyi y otra de Rosalbita—, pero aquí nos ve, seguimos unidas.



Si quieres leer y conocer más sobre este informe, escanea con tu celular el siguiente código QR:



O ingresa al siguiente enlace:



<https://centrodememoriahistorica.gov.co/que-le-digo-yo-ya-no-se-sabia-que-doliamas/>



Narrativas de la verdad histórica

Este libro se terminó de imprimir
en la Imprenta Nacional de Colombia
en diciembre de 2025.

Se utilizó papel earth pact y se emplearon las familias
tipográficas Noto Serif y Georama



En la primera parte de esta historia, Yiyi —de ocho— y su hermano Jáiver —de catorce años— pierden madre, padre, casa y tierra en su Riofrío natal. Les queda la opción de buscar en Cali a su tía, porque la vida debe seguir.
